

ÁNGEL ESTEBAN /

FLECOS QUE SON COLUMNAS: UN GABO VERSÁTIL

«Soy escritor por timidez. Mi verdadera vocación es la del prestidigitador, pero me ofusco tanto tratando de hacer un truco, que he tenido que refugiarme en la soledad de la literatura.» Estas palabras, perpetradas por el Nobel como un acto mismo de timidez, revelan muchas mentiras. La primera, que García Márquez no es un buen prestidigitador, porque escamotea siempre las respuestas obvias y desconcierta al entrevistador. La segunda, que la soledad es otro truco, una pose literaria, en absoluto configurada como necesidad. Para Gabo, la literatura es todo lo contrario a la soledad, porque escribe para que sus amigos le quieran más. Y la tercera, la mentira más grande, que la vocación del colombiano nada tiene que ver con la escritura. Es más, diría que Gabo no sabe hacer otra cosa que escribir, y así lo ha evidenciado en los últimos ochenta años. Y la demostración palmaria de eso es la versatilidad de su obra publicada.

García Márquez es conocido sobre todo por sus grandes novelas. *Cien años de soledad*, de la que celebramos este año el cuarenta aniversario, ha vendido más de treinta millones de ejemplares en treinta y cinco idiomas diferentes. Y hay un buen puñado de ellas que no se quedan a la zaga: *El coronel no tiene quien le escriba*, *El otoño del patriarca*, *Crónica de una muerte anunciada*, *El amor en los tiempos del cólera*, *Del amor y otros demonios*, etc. Ahora bien, es conveniente hacer notar que la escritura del colombiano no se agota en esas obras maestras que, por otra parte, justificarían una vida literaria. Hay otros aspectos de su escritura que se han considerado como flecos y que, a nuestro entender, constituyen verdaderas columnas de su obra, integradas perfectamente en su currículo vital y profesional. El caso de sus cuentos es muy sintomático. Cuando Gabo publicó su obra maestra en 1967, acabó exhausto y con escasas fuerzas para continuar su tarea. Además, una nueva novela significaba un auténtico compromiso: después de *Cien años de soledad*, o escribía una segunda parte o se apartaba absolutamente del género. La disyuntiva era complicada por cualquiera de sus caras. Por ello, durante varios años solo escribió cuentos. Ya había publicado en 1962 *Los funerales de la Mamá Grande*, y a principios de los setenta salieron dos volúmenes de relatos: los escritos en décadas anteriores (*Ojos de perro azul*) y los realizados después de 1967 (*La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y su abuela desalmada*). Pues bien, estos últimos fueron considerados por su autor como divertimentos, piezas menores hechas como ejercicios literarios, para no perder el hábito de la escritura y desentumecer los músculos. Sin embargo, ¿quién no valora hoy en día muchos de esos relatos como verdaderas joyas de la literatura universal? Piénsese, por ejemplo, en la misma Eréndira, en «Un señor muy viejo con unas alas enormes» o en «El ahogado más hermoso del mundo». Es paradójico, por otro lado, que afirme eso de sus cuentos anteriores a 1975 y, sin embargo, se tome

magia de la fabulación narrativa. Y no se puede decir que esta actividad del colombiano constituya otro fleco de su producción. Desde los años cuarenta, en que comenzó a trabajar como joven periodista, hasta la fecha actual, se cuentan por miles los artículos y crónicas de García Márquez, publicados en periódicos y revistas de todo el mundo. Hasta hoy, se han publicado los siguientes volúmenes, con la totalidad de su obra periodística: *Textos costeños (1948-1952)*, *Entre cachacos (1954-1955)*, *De Europa y América (1955-1960)*, *Por la libre (1974-1995)* y *Notas de prensa (1980-1984)*. En un discurso pronunciado ante la 52.^a Asamblea de la Sociedad Interamericana de Prensa SIP, en Los Ángeles, el 7 de octubre de 1996, el Nobel afirmó que el periodismo es «el mejor oficio del mundo», el más bello, y rememoró la pasión que le embargaba desde los comienzos, desde sus primeros pinitos en la profesión: «andábamos siempre juntos —afirmaba refiriéndose a sus primeros colegas—, hacíamos vida común y éramos tan fanáticos del oficio que no hablábamos de nada distinto que del oficio mismo. El trabajo llevaba consigo una amistad de grupo que inclusive dejaba poco margen para la vida privada». En los últimos años ha vuelto a publicar crónicas y reportajes en la revista colombiana *Cambio*, al igual que una interesante sección, «Gabo contesta», en la que intercambia opiniones con sus lectores. Estos trabajos se han reunido en un volumen titulado *El amante inconcluso y otros textos de prensa* (2001).

Y en sus memorias, publicadas en 2002 bajo el título *Vivir para contarla*, resume no solo su trayectoria vital, sino también el mismo esqueleto del quehacer literario: se puede leer como una novela autobiográfica, como una crónica de su existencia, como un resumen de cuentos y novelas, etc. Periodismo, ensayo, crónica y ficción en un solo intento. Álvaro Mutis decía que esas memorias eran una de las mejores narraciones del autor, aludiendo al carácter ficcional de muchos de sus pasajes. Es una forma más de seguir haciendo lo mismo de siempre, lo que le ha gustado desde niño: contar historias. Que esas anécdotas se adecuen exactamente a la realidad es lo de menos; lo que importa es el placer de recordar desde la distancia y a gusto del consumidor todo el caudal humano de unos hechos más o menos verosímiles, el placer de escribirlos y el placer de leerlos, convirtiendo la historia en literatura, y tratando de que los amigos y los que no lo son tanto lo quieran un poco más. El único hecho que podemos lamentar es que, por el momento, dejamos su vida en los años cincuenta, y probablemente no la retomaremos en los dos tomos restantes, anunciados desde el principio. En efecto, en una entrevista publicada en *La Vanguardia* en 2006, Gabo se despedía de su público señalando que no habría más obra escrita. Era la edición del veinticinco de enero de 2006, donde aseguraba que había dejado de escribir, mientras enfatizaba: «El 2005

ba un auténtico compromiso: después de *Cien años de soledad*, o escribía una segunda parte o se apartaba absolutamente del género. La disyuntiva era complicada por cualquiera de sus caras. Por ello, durante varios años solo escribió cuentos. Ya había publicado en 1962 *Los funerales de la Mamá Grande*, y a principios de los setenta salieron dos volúmenes de relatos: los escritos en décadas anteriores (*Ojos de perro azul*) y los realizados después de 1967 (*La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y su abuela desalmada*). Pues bien, estos últimos fueron considerados por su autor como divertimentos, piezas menores hechas como ejercicios literarios, para no perder el hábito de la escritura y desentumecer los músculos. Sin embargo, ¿quién no valora hoy en día muchos de esos relatos como verdaderas joyas de la literatura universal? Piénsese, por ejemplo, en la misma Eréndira, en «Un señor muy viejo con unas alas enormes» o en «El ahogado más hermoso del mundo». Es paradójico, por otro lado, que afirme eso de sus cuentos anteriores a 1975 y, sin embargo, se tome tanto interés en explicar cómo nacieron los doce peregrinos que publicó en 1992. En el breve prólogo a su último libro de relatos, hace hincapié en el riguroso proceso de selección, ya que solo eligió una docena de los más de setenta que tenía escritos o esbozados. Pero también se explaya en las vicisitudes de esos relatos desde que la idea tuvo su asiento hasta que redactó la última frase. En definitiva, concluye, es el libro de textos cortos que más se parece a lo que siempre quiso escribir. Y, sin embargo, la crítica los ha minusvalorado con frecuencia, debido a ciertas diferencias con el ámbito del realismo mágico, notorio en sus colecciones anteriores. Desde mi punto de vista, *Doce cuentos peregrinos* debe también considerarse como otra de sus obras fundamentales, porque experimenta nuevos modos de acercarse a la narrativa breve sin abandonar sus obsesiones literarias de siempre y, sobre todo, por el modo de concebir un espacio europeo en una fecha clave (1992), por parte de personajes netamente hispanoamericanos, rompiendo con ciertas convenciones o mitos, e insistiendo en sus propias opiniones acerca del Viejo Continente.

Estos cuentos, por otro lado, revelan un aspecto importantísimo en la labor del colombiano: su vocación de reportero o periodista. No es la primera vez que literatura y reportaje se funden sabiamente —véase *Crónica de una muerte anunciada* o la aventura de Miguel Litín en Chile— ni será la última —*Noticia de un secuestro* es de 1996—. Es más, se podría decir que la fusión entre los dos campos es a veces inevitable. García Márquez ha declarado en alguna ocasión que él podrá dejar de ser escritor, pero nunca dejará de ser periodista. Lo que ocurre es que, cuando Gabo escribe un reportaje, una crónica o un artículo, no puede evitar manifestarse como escritor, como narrador, como fabulador. Por eso el relato de un naufragio y la historia del secuestro se venden como novelas, aunque en el fondo obedezcan a retos claramente periodísticos. Lo mismo acontece con muchos de sus artículos. Recuerdo en estos momentos un texto en el que relataba pormenorizadamente los intentos de los norteamericanos para terminar con la vida de Fidel Castro. Estoy seguro de que los datos de que disponía para redactar su artículo eran muchos menos de los que realmente ofrece, y que incluso aquellos datos que posee los acomoda a su condición de fabulador. El resultado no es solo una defensa del dictador cubano y una crítica al sistema de espionaje de la CIA, sino sobre todo una succulenta manifestación de que su mano es literaria, de un modo natural y perdulario. Es decir, el resultado es un cuento muy atractivo, que seduce por el tema y por la

Mutis decía que esas mejores memorias eran una de las mejores narraciones del autor, aludiendo al carácter ficcional de muchos de sus pasajes. Es una forma más de seguir haciendo lo mismo de siempre, lo que le ha gustado desde niño: contar historias. Que esas anécdotas se adecuen exactamente a la realidad es lo de menos; lo que importa es el placer de rememorar desde la distancia y a gusto del consumidor todo el caudal humano de unos hechos más o menos verosímiles, el placer de escribirlos y el placer de leerlos, convirtiendo la historia en literatura, y tratando de que los amigos y los que no lo son tanto lo quieran un poco más. El único hecho que podemos lamentar es que, por el momento, dejamos su vida en los años cincuenta, y probablemente no la retomaremos en los dos tomos restantes, anunciados desde el principio. En efecto, en una entrevista publicada en *La Vanguardia* en 2006, Gabo se despedía de su público señalando que no habría más obra escrita. Era la edición del veinticinco de enero de 2006, donde aseguraba que había dejado de escribir, mientras enfatizaba: «El 2005 ha sido el primer año de mi vida en que no he escrito una línea.» El Nobel colombiano era consciente de que no podía defraudar al público lector, que lo ha seguido masivamente durante cincuenta años. Por ello, reconocía: «Con la práctica que tengo, podría escribir una nueva novela sin más problemas, pero la gente se da cuenta si no has puesto las tripas».

Ahora que cumple ochenta años, es de justicia ofrecer un homenaje a uno de los escritores que más han engrandecido la lengua de Cervantes en el siglo XX, deseando que no sea fiel a sus amenazas, y vuelva a poner las tripas. Su obra no solo cuenta a los lectores por millones, sino que ha generado además una auténtica catarata de reflexiones críticas. Libros, artículos especializados, tesis doctorales en todas partes del mundo, reseñas y comentarios, han inundado periódicos, revistas y editoriales. Últimamente, también han aparecido sitios web donde puede consultarse su biografía, leerse capítulos de sus novelas, cuentos completos, artículos de periódicos, fragmentos de sus memorias, un abundante aparato crítico y multitud de imágenes del Nobel, como <http://sololiteratura.com/ggm/marquezprincipal.htm>, www.mundolatino.org/cultura/garciamarquez/ggm1.htm, o <http://www.themodernword.com/gabo/>.

«La sabiduría nos llega cuando ya no nos sirve de nada», ha dicho alguna vez García Márquez. Ciertamente, no es ese su caso. La genialidad de su escritura empezó a ser visible cuando todavía era joven, y el reconocimiento internacional lo sorprendió hace cuarenta años, cuando tenía exactamente esa edad. Y hasta tal punto su obra ha generado perspectivas inusitadas, que ha conseguido, con la magia de su imaginación, cambiar la realidad o influir en ella, como él mismo ha explicado, a propósito de la repercusión de *Cien años de soledad*: «Tan pronto como la novela empezó a ser conocida, surgieron en distintos lugares de las Américas las confesiones de hombres y mujeres que tenían algo semejante a una cola de cerdo. En Barranquilla, un joven se mostró en los periódicos: había nacido y crecido con aquella cola, pero nunca lo había revelado, hasta que leyó *Cien años de soledad*. Su explicación era más asombrosa que su cola: 'Nunca quise decir que la tenía porque me daba vergüenza', dijo. 'Pero ahora, leyendo la novela y oyendo a la gente que la ha leído, me he dado cuenta de que es una cosa natural'.» Quién sabe, a lo mejor el colombiano tenía razón cuando decía que su verdadera vocación es la de prestidigitador.